

LA

CUARTA EDICIÓN

BAGATELA

POLÍTICA

CULTURA



*"Yo diría que a mí me afectaría más la muerte mía;
eso sí me daría duro porque no se pa' onde voy"*

Diomedes Díaz Maestre.



- 1 Prospecto
Esteban López Vallejo
- 2 La generación del irrespeto
Valentina Hoyos
- 6 Lo tangible del amor
Irina Petro de León
- 9 Cuando el final nunca termina
Virginia Petro de León
- 12 Los jóvenes del No Futuro
Camilo López / Jesús Betin

ÍNDICE



 319 614 58 98 - 310 567 50 81

 @catarsiscafe

Prospecto

Esteban López Vallejo

*¡Juego mi vida!
¡Bien poco valía!
¡La llevo perdida
sin remedio!*

Erik Fjordsson

El arte es una excusa para seguir vivo.

Vivir se torna insoportable; ese constante despertar sabiendo que el sol va a salir por el mismo lado y que, jamás de manera sorpresiva, se va a ocultar por el suroriente. Saber que después de las dos de la tarde, siempre e irremediablemente, vendrán las tres de la tarde es un calabozo ontológico.

Las paredes de la cárcel se encogen cuando, además, te das cuenta que la sociedad ha escogido para ti una rutina que te permitirá seguir existiendo y cumplir con las necesidades en los cinco escalones propuestos por Maslow. Así son las cosas, cuestionarse estos métodos es ser un abyecto, un paria.

Pero esas cuatro paredes del calabozo no soportan un techo. ¿Podríamos escalar las paredes e intentar salir? ¿podemos ver cómo otros salen y que nos muestren desde arriba lo que ven? Esa posibilidad, esa interpretación de la realidad, mas allá de la rutina y de la normalidad que todos vivimos, es la diferencia.

Los artistas nos muestran su visión de un mundo que no alcanzamos a ver.

Esta revista es nuestra visión.

La generación ^{del} irrespeto

Valentina Hoyos

Dudo mucho que este sea el título correcto para la columna, pero creo que es el que llama la atención. Y ese es el punto.

Hago parte de lo que, en el nuevo orden mundial, se conoce como “generación millennial”, alrededor de la que se ha creado un imaginario colectivo en el que todas las nuevas generaciones nacidas antes del 2010 son, precisamente, millennials. Con esa categorización vienen una serie de juicios que, mal que bien, están encaminando las discusiones sociales y políticas a un punto en el que yo, como verdadera millennial, para las personas “adultas”, no tengo ni la capacidad ni el conocimiento necesario para opinar. Básicamente: no me puedo sentar en la mesa de los grandes y hablar.

Y me indigna un poco.

Padres y tíos crecieron con la radio y la televisión. Una televisión con alcances limitados, pero existía. Fueron pocas las excepciones de personas que pudieron salir del país y formarse una visión global del contexto social y político de las últimas décadas del siglo veinte. A diferencia de nosotros, que tuvimos la oportunidad de tener la globalización al alcance de una pantalla, que crecimos a la par con la tecnología.

El contraste más notorio está en que muchos de nuestros familiares saben quiénes han sido los presidentes de Colombia, cómo se formó la constitución del 91, cómo fue el proceso 8000 y relatan de memoria el mandato de Belisario Betancur. Porque les tocó. Porque lo podían oír en su radio y ver en los pocos canales de televisión que tenían. Muchos de mis coetáneos no podrían hacer lo mismo, lo acepto.

Para ellos, los periódicos eran la fuente más confiable y completa de información. Y los periódicos se imprimen todos los días.

Nosotros, en cambio, hemos tenido la fortuna y a la vez la maldición de crecer con un contexto geopolítico globalizado gracias a la era digital, donde la información del mundo está a un clic y se actualiza a cada segundo. Es una fortuna porque tenemos la posibilidad de escoger fácilmente qué leer, cómo leerlo y de quién leerlo (como también pueden hacerlo ellos).

Cada uno de nosotros escoge a qué medio, periodista, influencer (con quienes tengo enormes diferencias y problemas de raíz, pero no es el caso) seguir. Por ende, cada uno se informa como quiere, por el medio que quiere y con quien quiere (y ellos, que ya vienen con sus opiniones formadas, también)

Es la oferta desbordada de información que nos ofrece un universo de noticias imposible de abarcar y nosotros estamos 100% conectados.

La maldición de esta bendición está en esa desaparición de ese límite: podemos consultar las dos caras de la misma moneda con un par de búsquedas legítimas y responsables en Google, teniendo la oportunidad de contrastar los hechos y escogiendo qué creer, basados en la evidencia. Pero también podemos ser perezosos y poco racionales, lo suficiente como para aceptar tajantemente una razón o noticia dada por cualquier persona, aún cuando no se tenga ni conocimiento de base, ni razones de fondo para pensar de esa manera: ¿quién nos ayuda a discernir lo fáctico de la opinión?

Y ahí es donde caen muchos de nuestros queridos millennials, y sobre todo las generaciones menores que nosotros.

A las familias en las que crecimos les tocó otro mundo. Otro ambiente político: vivieron guerras, violencia...cosas que para algunos de nosotros eran páginas de apuntes en el cuaderno de historia.

Esta contraposición de realidades es la que ha caldeado un ambiente político y social hostil. No es un secreto que hablar de política y de religión en reuniones familiares es casi que tabú, porque siempre acabará en discusiones acaloradas. Lo decía al principio: no somos lo suficientemente jóvenes como para hacer tiktoks o seguir a todos los influencers y entender a nuestros primos de 12 años, pero tampoco somos tan adultos como para entablar una conversación política.

Y yo no puedo evitar preguntarme: ¿Por qué?

Estudí periodismo porque, en algún punto de mi inocencia y cuando valía la pena, aspiraba a ser una columnista de la revista Semana como los Danieles o María Jimena Duzán. Hoy, que me distancié de los medios después de vivirlos, quisiera practicar mi profesión de la forma más responsable posible. Y eso intento.

Y lo intento cuando muestro los hechos reales, aunque pocos quieran escucharme. Lo intento al poner sobre la mesa familiar (del entorno más cercano, el que no pelea) discusiones que pueden ser incómodas en otros ambientes pero que ayudan a generar una opinión argumentada. Lo intento porque entiendo que no tengo la verdad absoluta, pero que los hechos son Irrefutables, porque la información que nos dan es una reinterpretación personal (o mediática) de los mismos.

El problema radica en esta última parte. Y es ahí donde se junta lo millennial que soy con la generación de mis mayores.

Para ese entorno que vuelve el tema tabú, que no puede tener discusiones incómodas, los intentos por entrar en esa conversación y dar un punto de vista o revisar un hecho son un irrespeto. Para algunos de esos adultos es inaudito que hayamos tomado la decisión de tener un punto de vista diferente al que prima en ellos y, más aún, que hayamos sido tan osados de hacerlo ver en público, porque no podemos. Porque no vivimos lo que ellos vivieron. Porque solo somos una muchachitos malcriados, marxistas, socialistas, petristas...y todos los istas que puedan sonar a insulto.

Y así es cómo mi generación se ha convertido en la generación del irrespeto. La que irrespeta a sus mayores por pensar diferente y hacerlo saber. La que irrespeta a su familia por participar en discusiones de las que "no tiene ni idea porque todo se lo dimos".

Vuelvo y digo: no somos todos. Y lo tengo más que claro. En la mía, como en todas las otras "camadas", están los desinteresados, los materialistas, los violentos, los superfluos; pero creo que tenemos algo de especial, porque somos más los que queremos un cambio que, aunque cuesta (y cuesta más que solo dinero) se está gestando.

Somos víctimas de un juicio que hemos ayudado a construir pero que también se ha agrandado con imaginarios colectivos.

Creo que es más irrespetuoso de parte de esos "adultos mayores", no poder abrir la puerta a una discusión que se base en argumentos. Creo que esa imagen se refuerza con la poca visibilidad que tienen los jóvenes políticos, la verdadera sangre nueva, porque siempre tenemos delfines.

Creo que, así como nosotros debemos ser menos pasionales, nuestros antecesores deben abrir un poquito la mente y ser capaces de incluirnos en esas conversaciones, no solo en lo político, en todo: somos la generación emprendedora porque vimos que ningún mayor se iba a ir del alto cargo que le da poder.

Creo que necesitamos ser capaces de tener conversaciones incómodas. Constructivas. Refutables. Complementarias.

Tenemos puntos que nos unen, estoy convencida de eso ¿quién no quiere un mundo mejor? estoy segura de que tenemos mucho por aportar en ese aspecto, solo necesitamos un lugar en esa mesa que vemos a lo lejos desde "el lugar de los jóvenes". Esta diatriba es una invitación a que nos quiten la etiqueta de irrespetuosos (y evitemos serlo) para, entre todos, construir una sociedad mejor, que seguro la necesitamos.

No podemos vivir en dos realidades distintas, al fin y al cabo, somos nosotros y los que nos siguen los que estamos heredando este mundo.

Lo tangible ^{del} amor

Irina Petro de León

Anoche llegué a casa con alegría por el sereno de la noche extendida y, con las ganas de sacarlo todo, olvidé el “buenas noches” cuando dije: “he tenido el peor y mejor de los días”. Mamá desde su intuición respondió con un abrazo que me daba tanto calor y tranquilidad como el chocolate que tenía en su mano hecho para mí. Sus únicas palabras fueron “en la mesa hay quesito, mañana lo hablamos. Descansa.” Y recibí un beso en la frente, como la cura a todo el mal del mundo.

A la mañana siguiente sentía como si hubiese dormido un día completo y, en realidad, sólo habían pasado 4 horas desde que concilié el sueño y unas seis desde que aquella frase me quedó rebotando en la cabeza. El sol brillaba como si sólo un par de horas atrás el agua cayendo no hubiese inundado cada calle, papá tomaba el café con mamá contándole lo que haría en su día y ella le escuchaba sorprendida como si fuese el primer café juntos, los pájaros cantaban con la misma entonación como si no se sintiesen obligados a hacerlo y el ruido de la ciudad mantenía su ritmo como si ya no hubiese suficiente bulla en el ambiente. El mundo en general se renovaba cada cinco minutos esa mañana, y ahí estaba yo, admirando cada segundo que pasaba, intentando hallar algo que no me comprobara lo equivocada que estaba esa mujer del bus.

Sin embargo, todo a mi alrededor me seguía diciendo: “ella estaba equivocada” y dentro de mi terquedad quería entender qué habría de suceder en su mundo para que dijera tal cosa. ¿Una herida directa? ¿una desilusión temprana? ¿ambas? Ahí estaba yo, viendo por un lado una realidad que me confirmaba el error de aquella mujer, mientras me imaginaba vivir en la realidad de alguien a quién había escuchado por 20 kilómetros y con mi cuerpo andando por inercia, porque eso es lo que dejan los días atareados, como me gustan.

Mamá me había dicho “mañana lo hablamos” y cuando llegó el “mañana”, lo hicimos. Las palabras que te cuentan esta historia jamás podrían explicar lo que sus palabras siempre han hecho en mí. Eran el todo y parecían la brisa que sentía en mi cara aún a cientos de kilómetros del mar, lo fresco que parecía todo aun cuando las olas que escuchaba no estaban frente a mí, el polo a tierra. Sus palabras permitían que mi mundo siguiera siendo irreal, pues aún con tanto dolor por dentro, se seguía mostrando igual.

“El amor no es algo tangible”.

Yo seguía imaginándome la vida de aquella mujer que se embarcó en el bus arrebatado de las 6:00 p.m. de un día cualquiera de febrero. No soy de resignarme, pero lo terca no me da para tanto y lo admití, ¿qué vida tengo que llevar para pensar como ella? ¿debo estudiar medicina? ¿debo hastiarme de todo? Esa mujer del bus que hablaba desde el corazón roto a una desconocida, y que concluía su historia diciendo: "El amor no es algo tangible".

¿Habría sido un beso de una noche? ¿un amor no correspondido? Me molestaba no saber sus motivos. Porque aquí, más allá de cualquier relación, yo sentía el amor en cada centímetro de mi vida, lo podía ver y tocar; en los abrazos de mamá, la emoción de papá, los chocolates con queso en casa por las noches frías. Lo escuchaba en un profesor que se apasionaba enseñándome, y se notaba en el corazón de cualquier creador o fenómeno que nos daría un mundo que se renovara a sí mismo cada 5 minutos.

Y entonces lo entendí, la suya era otra realidad.

La mía existía y se movía por amor; en la mía lo tangible del amor no era inevitable. Pues difícilmente se puede evitar algo que se esparce tan fácil como si fuera el aire mismo, apenas se puede evitar algo que escuchas, ves, tocas, hueles y sientes en cada parte de lo que te rodea.

Cuando el final nunca termina

Basado en hechos de la vida real.

Virginia Petro de León

Hay una parte de la historia que no es menos importante, pero que extendería un poco más (o mucho) lo que aquí cuento. Me adelanté bastante, ¿no? El punto es que lo que quiero contarles narra más un posible final que la parte aquella que cuenta cómo comenzó todo.

Ha pasado por ahí un año o quizás un poco más desde mi última relación. Cuando terminé con mi último ex, apareció el ex que venía antes de ese. Y "ese ex" es el tipo de ex que nunca se va de tu vida, no en el mal sentido, es sólo que compartimos el mismo grupo de amigos desde el colegio, fuimos novios de esos que se dedicaban todas las canciones románticas de la época, hasta llegar a ser novios de los que alcanzaron a imaginarse una vida juntos y bueno, ese tipo de cosas no cambian de un día para otro. O de un año para otro.

Mi última relación tuvo un final caótico. Todo muy tranquilo hasta que un día el otro estalla sin razón aparente, no te explica nada y ahí acaba todo. Las cosas con el novio de toda la vida nunca habían terminado así, siempre había una conversación sensata de por medio, varios acuerdos, saludos cordiales si nos encontrábamos y al parecer cierto tipo de relación inacabable. Quizás por eso no era extraño que apareciera, porque seguíamos siendo amigos pasara lo que pasara. Y precisamente por esa complicidad inacabable, hoy la historia termina como termina.

No sé de estadísticas, pero digamos que el 90% de las personas en cuarentena tuvieron contacto con un ex, con alguien que las cosas nunca funcionaron, con la persona que faltaba por unas disculpas, y definitivamente yo no estoy en el 10% restante de las que no. Él apareció, pues si otras veces había aparecido, ¿qué sería una pandemia para detenerlo? Empezamos a hablar, de a poco.

¿Cómo van tus cosas?

¿Tus papás, bien?

¿Qué has estado haciendo?

Hasta que un día, un lunes, yo estaba en la finca de mi familia que queda a una hora o menos de la ciudad. Casi siempre que iba, regresaba ese mismo fin de semana, pero nunca había decidido quedarme. Esa vez decidí quedarme toda la semana, no tenía nada pendiente en la ciudad, así que no había un motivo para volver. Pero todos los aparatos electrónicos decidieron armar revolución y el cargador del computador no servía, el computador por tanto tampoco, y siendo así, ya no tenía con qué trabajar. A mí me gusta creer mucho en que todo ocurre por una razón, que el universo siempre está trabajando y que pocas cosas pasan sólo por casualidad, así que lo que pasó después estaba destinado a ser así.

Recibí un mensaje de él. "¿Qué haces?" "Voy bajando de la finca," le respondí. "Ah, ¿y llegas muy cansada?" Todos sabemos que tuve la opción de responder "Sí" y así evitábamos cualquier invitación fuera de lugar, pero dije claramente "No, ¿por qué?" "Nos vemos en un rato, ¿o qué?" "Sí, dale. Yo llego a tu casa."

Me gustaría encontrar palabras que expliquen lo que fue ese día, pero parece que al diccionario le faltan. No había pensado en eso, nunca. Me gustan las comedias románticas, pero esto estaba fuera de eso. Creo que nos pusimos al día con los "te amo" que faltaban, y había un letrero en mi mente que decía "¿No que ya lo habían dejado atrás?". Después de esa noche, de despertar juntos como si el tiempo que estuvimos lejos nunca hubiese pasado, de vivir lo que queríamos vivir sin cuestionarnos algo más; recordé cómo vive él, lo que quiere entender por amor y prácticamente, desperté. Traté de no darle importancia y le demostré que para mí había sido algo sin nada de particular. Fingí como pude durante unos días y luego llego lo que llega al final de la mayoría de estas relaciones... "tenemos que hablar."

La conversación fue de subidas y bajadas. En mi cabeza sólo quedaba una frase que él había dicho esa noche, "Te amo, pero es que ahora no podemos estar juntos.". Si no era ahora, ¿entonces cuándo? ¿Sus razones? No renunciaré a fines de semana de fiestas, a salir con otras personas sólo por un día, y a vivir sin ningún compromiso aparente. Aún no. Y en lo que a mí concierne, no puedo esperarlo más. Digo, once años es mucho tiempo, ¿o quizás exagero? No, no exagero. Y aunque parece ser una historia de esas en las que probablemente me case en un tiempo y él entre por la puerta de la iglesia a impedir el matrimonio para decirme que ahora sí quiere estar conmigo, realmente no sé si quiera que esta sea oficialmente ese tipo de historia. Tomé la decisión que sentía que llevaba postergando, y con el corazón temblando y habitando un cuerpo que parecía no pertenecerme, le dije "Entonces no me escribas más. Se acabó."

Estoy conociendo a otra persona. Y hace unos días que me preguntaron si estaba saliendo con alguien, respondí "¡Sí, no te he contado!" y conté la historia de arriba, no la que debí contar, entonces no sé si realmente ya acabó.

Me gustaría encontrar palabras que expliquen lo que fue ese día, pero parece que al diccionario le faltan.

Los jóvenes del No Futuro

Retratos

@camianlodu @elyisas_



*Vamos a ningún lugar
No te afanes porque nadie nos espera
Solo nos queda cantar y cantarle
Un himno a esta miseria.*

Los Suxios - Miseria.



|

Los jóvenes del No Futuro

@camianlodu @annarte









Irina Petro de León

Escribe poesía y aún no sabe qué estudiar.
@irinapetrodl



Camilo López Durango

El papá de los helados.
@camianlodu



Andrea Pérez Reza

Toma decisiones lanzando una moneda de 200
@andpreza



Virginia Petro de León

Se prometió vivir de lo que le apasiona.
@virginiapetrod



Esteban López Vallejo

No sabe dividir por dos cifras.
@esdomingo

